

LOS brazos, siempre abiertos a la cordialidad, del Marqués de la Valdavia, harán posible la inclusión en CISNEROS de estas leves y fugaces impresiones, captadas y hechas a vuela pluma desde Cuenca.

Al fin y al cabo —digámoslo una vez más—, Madrid es el corazón de España y su sensibilidad no puede estar limitada por los estrechos contornos de una geografía zigzagueante que, a veces, contradice su propia fisonomía. Madrid empieza en San Sebastián, la bella, pasando por Santiago, la peregrina; Salamanca, la doctoral; Sevilla —sólo Sevilla—; Valencia, la florida, y Barcelona, la dinámica, impar perímetro que envuelve, amorosamente, las dos perlas insulares.

Tras dejar el horno agosteo de la estación de Atocha, corre a buen galope el automotor —cara a Levante— hasta pasado Aranjuez, donde comienza a jaderar, acusando la cuesta arriba, al tiempo que una fuerte tormenta de viento y agua no nos deja hasta la propia ciudad conquense.

Tiene Cuenca, entre otros muchos aspectos que cautivan al viajero, uno, poco halagüeño para aquellos que no comulgan con las temperaturas frescas, y es un contumaz vientecillo, cortante como filo de espada, que se cuela por el cuerpo y no se despegas. ¡Cuenca, ideal del turista nórdico y paraíso del serrano dominguero!

No nos proponemos compendiar en un breve artículo las bellezas conquenses, inexplicablemente desviadas de las primeras rutas artísticas españolas; hoy tan sólo deseamos detenernos en una de ellas: «las casas colgadas».

Por corto y estrecho callejón con solera, en tránsito brusco, se pasa de la ciudad al arrabal, de la mansa quietud, en el dormido parque urbano, al intenso drama geológico y campesino de la hoz del Huécar, ribeteado con sauces llorones desde donde comienzan a subir unas ingentes rocas que crestean a plomo las famosas casas.

A medida que la tarde va venciéndose, esta mole se agranda con un patetismo impresionante, al extremo de que el espíritu, sin proponérselo, busca puntos de referencia en imágenes de otros tiempos y lugares que resistan digna comparación, y sin vacilaciones, rápidas, las siluetas de Pelayo y Montserrat acuden a la llamada.

Figuraos, amigos, una teoría extensa e inmensa, de redondeadas rocas, donde las erosiones seculares pusieron

caprichosas rúbricas en rincones, sinuosidades y recovecos; figuraos el seco lecho del río Huécar y el camino, separados apenas por un encanijado murete que se ajusta dócilmente al dictado de la piedra; figuraos, allá en lo alto, bien en lo alto, con una verticalidad escalofriante, las casas menudas, como si muchas de ellas fueran consustanciales a sus duros cimientos, y figuraos, al fin, el un poco ingenuo y natural instinto de pervivencia ante el temor de que se nos echen encima en cualquier momento.

Las casas dan fe de habitabilidad en sus balcones y ventanas por las parpadeantes luces que dejan ver el enramado de los árboles o los flameantes trapos puestos a secar. Es el milagro tangible para visitantes, pero también debe ser la cosa más natural para estos buenos vecinos, cuyo concepto del vértigo no debe ser cosa de mayor monta, y sí sólo una humorada o una ironía dialéctica.

Hay casas de corte pueblerino, sin estética ni pretensiones, como si ya hicieran bastante con mostrarse; pero no faltan las que presumen, las que tienen sus pujos arquitectónicos, traducidos en artísticas galerías, en donde la historiada madera, el alero señorial o el balcón atrevido, para poder sostenerse en el aire, ha sido menester apoyarse con gruesos travesaños, incrustándolos en la misma roca.

Y también la primitiva versión de los rascacielos, con

ocho o diez pisos perpendiculares al suelo y un par de ventanas a lo sumo. El acceso a estas viviendas es, para nosotros, misterioso, y bien quisiéramos disponer de tiempo para entrar en averiguaciones. Por último —no podía faltar—, la Cruz de Cristo, que emerge, tejas arriba, cual símbolo y signo perpetuo en toda avanzada.

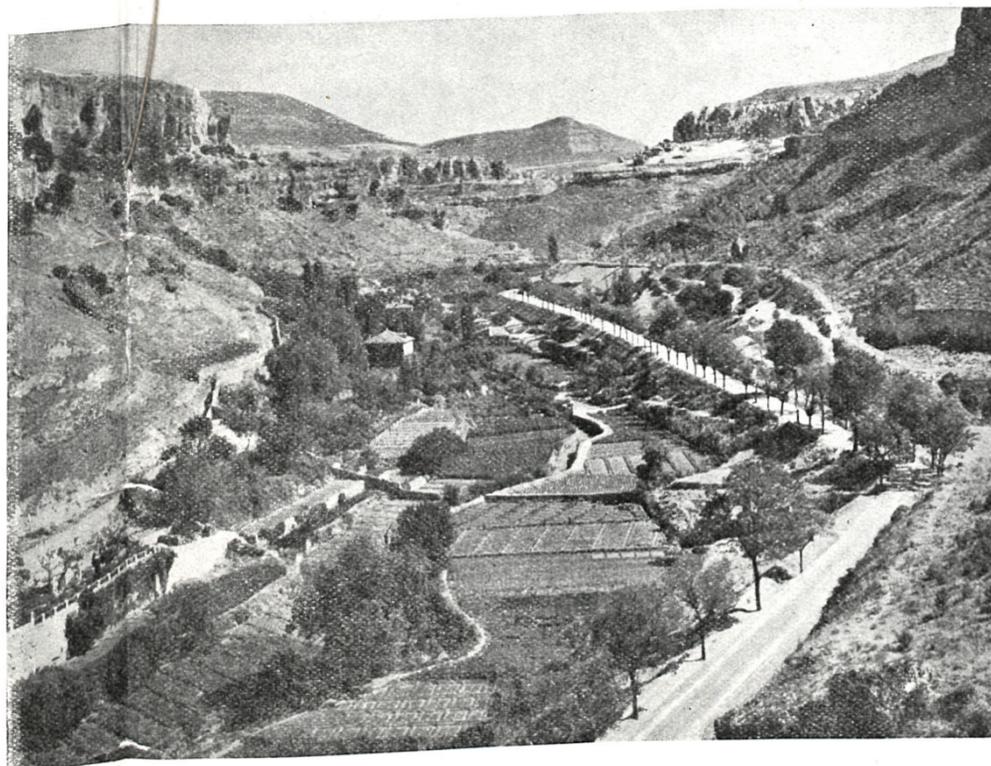
A medio camino de nuestra peregrinación artística, corta el panorama un atrevido viaducto de hierro, a más de treinta y cinco metros, y que sirve como enlace entre los dos flancos de la hoz; por el piso de tablones, algunos oscilantes y todos bien aireados en sus juntas, pasa un campesino, caballero en borriquillo, con la serenidad que únicamente da la práctica.

Finalizan «las casas colgadas» y, a nuestro regreso, sus filas de luces eléctricas, amarillas como cirios, que enmarcan las habitaciones, nos dan el sentido de una procesión aérea, rumbo al cielo.

Otra vez el viaducto, pero ahora con distintos protagonistas. Una pareja joven —¿novios, quizás?— lo cruzan ligeros. Los tacones de ella repiquetean en cuantos travesaños pisa, con la alegría de unas castañuelas y con el alborozo de quien se siente acompañada a gusto.

VENTANA A ESPAÑA

CUENCA: Las casas colgadas



La parte opuesta de la hoz o cañón, limpia en su mayor parte de casas, se dijera avergonzada del desamparo municipal, cual si fuera cenicienta olvidada o pobretona de quien nadie hace caso; por toda muestra, en su haber, unas calveras de roca viva, entre amarillentas y rojizas, parecen ruborizarse de su infortunio.

Cuenca, ignorada por muchos españoles, posee la maravilla única de «las casas colgadas», que de estar en distinto meridiano sería suficiente para arrastrar muchedumbres absortas ante esta vulneración física del espacio y de la gravedad.

Antes de reintegrarnos al hotel, el fino airecillo doblega, entre susurros, las hojas de la arboleda que, en su inclinación unánime, como los cisnes de Rubén, nos dan una cortés despedida...

VÍCTOR MANUEL LUEJE

EL "DÍA DE LA PROVINCIA"

VISTO POR LA

PRENSA NACIONAL

'HOJA DEL LUNES'

RETABLILLO SEMANAL

Terminó la semana con el «Día de la Provincia», que hoy tiene prolongación de tornaboda. Tocóle este año la fiesta a Getafe, tan a las puertas de casa y tan en lenguas del vecindario madrileño, como si se tratase de uno de los núcleos satélites proyectados por el Ayuntamiento de la Villa para alivio de nuestros males, llevándoles de ventaja la realidad de su fundamento y de su medro. Ni más ni menos que los otros partidos judiciales que la Diputación, regida por el Marqués de la Valdavia, atinado acertador de voluntades, incorpora con mayor integración cada día a los afanes comunes de la administración provincial, puesta la mirada en hacer grata la vida de los pueblos. Fiesta pregonada en la excelencia de los versos de Pombo Angulo, con solemnidad religiosa en el Cerro de los Angeles y gran programa folklórico, a Getafe fuimos y de Getafe volvemos, mucho más esponjados, aunque con menos sabiduría que esas comisiones enviadas por el Concejo al otro lado del Pirineo y al otro lado de los mares para estudiar la solución de nuestros pleitos locales. Y no es mala cosa ésta de dar la espalda a Madrid por unas horas y meterse en la vida de los Municipios comarcanos que, incontaminados de eutrapelias, no sienten alterársele el pulso al ver en la pantalla del cine los rasca-cielos de Nueva York. Pero como la imaginación es cabra que tira al monte, llega uno a la conclusión de que, a pesar de «tantas cosas buenas que tenemos en Madrid», con música de chotis, desde la Puerta del Sol a Getafe todo es capital o todo es provincia, según el color del cristal con que se mire.

Con análogas exigencias e inquietudes, salvo las proporciones de lugar y economía, no hay entre la capital y los pueblos de la periferia mayores diferencias que las nacidas de la fantasía hiperbólica dentro del cerco del suburbio: cuanto traen consigo las múltiples contingencias de la modernidad y el engrandecimiento urbano y resueltas por ahí adelante, sin ir a consultar a «los hombres sabios» del tango argentino. Consuela el ánimo asomarse a esos Municipios tutelados por la Diputación que, según crecen, van ensanchando y recosiendo la manta sin sacar de ella los pies. Y en cuanto a la incomodidad de los que no podemos acercarnos a ver lo bien que lo pasan en Londres y en París, allá nos vamos unos y otros dentro del término provincial, aunque sea mucho mejor vivir en Madrid que en Getafe. Del viaje a los pueblos del contorno, engalanados y jubilosos, retorna uno con la aprensión de haber pasado de cortijo sin llegar a corte, como si el coche le hubiese dejado entre Pinto y Valdemoro. Figura retórica equivalente a la mitad del camino del Aeropuerto de Barajas al espejismo del gran Madrid, que los hados

adversos nos sitúan siempre más lejos cuando más cerca nos parece.

X. X.

"ARRIBA"

IR A LA PROVINCIA

El Marqués de la Valdavia, al hablar ayer en Pinto sobre la significación del «Día de la Provincia», hizo un esbozo de lo que se podría llamar teoría política del conocimiento. Al viejo lema de que sin conocimiento no hay amor, cabe añadir este otro de que no se puede gobernar lo que se ignora. Porque la política, como la pedagogía, en definitiva, es función de amor.

El «Día de la Provincia» promueve cada año sobre un partido judicial una serie de actos y celebraciones, cortesías y reverencias. El programa es extenso y trata de atender todos los aspectos —desde el literario al técnico— en honor y provecho de los pueblos. Pero yo diría que el decisivo valor de estos actos no reside tanto en ellos mismos como el que sean motivo de cierto desplazamiento de Madrid hacia su provincia.

Lo importante es andar los caminos de esos pueblos, ver la cara de sus gentes, el color de sus campos, el tipo de sus viviendas. Lo importante es tener este primer punto de conocimiento de una realidad rural, de una vida que está a las mismas puertas de la ciudad, pero que, sin embargo, queda tan lejana, a veces increíblemente lejana, como si toda la provincia fuera un gran suburbio de la capital.

El «Día de la Provincia», aunque sea de un modo casi instantáneo, tiene la virtud de acercar la ciudad a los pueblos. Gentes muy diversas, con aire de fiesta, pero convocadas secretamente para la observación, tienen en estas jornadas provinciales una provechosa posibilidad de conocimiento. El escritor y el administrativo, y entre ellos, la gama del «qualunque» urbano, pueden enriquecer aquí su estrecho mundo de todos los días.

El verdadero valor del «Día de la Provincia» o, por lo menos, su más largo alcance, es precisamente la creación de una conciencia pública sobre realidades que generalmente se ignoran o se ocultan bajo los tópicos. El buen administrador no sólo va en busca de aquellas realidades que pertenecen a su responsabilidad, sino que las participa.

ENRIQUE AGUINAGA

"PUEBLO"

CRONICA MADRILEÑA «DÍA DE LA PROVINCIA»

«Deme usted un Marqués de la Valdavia», pedían ayer los mozos de Getafe. Y el vendedor de bebidas, sin dudarle un segundo, alargaba «la bebida de la cordialidad».

Que la agudeza haya brincado chispeante en un campo de tercera división, es la mejor prueba de la popularidad del Marqués; pero como él no se conforma con su sola y única fama, cada año le da la alternativa a uno de los partidos judiciales de su jurisdicción y lo trae «cordialmente» al ruedo de los periódicos. Este año el debutante es Getafe; y aprovecharon la ocasión para iniciar el «Día de la Provincia» con un despliegue desde su campo de aviación, que nos llevó a recorrer en viaje de pájaro la provincia para que viéramos, sin duda, que además de ancha y larga, puede ser todo lo alta que se quiera.

«PORQUE ES FIESTA POPULAR Y DE ANTIGUA TRADICION...»

¡Racataplán! ¡Racataplán! Pocas cosas quedan en el mundo con el sabor de un pregón de fiestas de pueblo, a la media mañana de un domingo de sol, con su pregonero mayor puesto de capa, su cartelón pintado de colorines, sus autoridades de pro, su llegada del señor Obispo, llena de besamanos y aplausos de los niños de las escuelas, sus mozueltas con lazos y esmalte rojo en las uñas y sus señoritas de tacón diciendo:

—¡Qué guapo es ese Diputado provincial!

La boticaria, la médica, la secretaria del pueblo de al lado; todas estaban en el balcón, adornado con colchas, viendo el desfile de las carrozas de cada pueblo del partido.

—Alcorcón ha titulado la suya «El hada de los alfares», y viene su alfarero haciendo pucheros por la calle.

—Las de Cubas se han vestido de antillanas, muy adornadas con frutos tropicales, y los de San Martín de la Vega se han traído una reproducción de su torre y una «escena viva» de la vida del Santo patrono.

—Tendréis que ver a los de Móstoles, que han levantado un monumento en honor de don Andrés Torrejón. Claro que no es para menos: con tres alguaciles por todo ejército, ¡declararle la guerra al emperador!

—Yo encuentro —dijo una que debía ser la maestra— que este desfile es un símbolo de la evolución de nuestro tiempo. Me refiero a la mecanización del campo. Fíjense ustedes que casi todas las carrozas van tiradas por tractores.

EL CERRO DE LOS ANGELES

Y si pocas cosas quedan con el sabor de un pregón de fiestas de pueblo, ninguna queda tan seria como una solemne misa al aire libre del campo de este Cerro de los Angeles, corazón de España; una misa donde el latín litúrgico, las voces del coro, el lejano tañido de las campanas, el tierno balido de un rebaño que trisca loma abajo, el tintín de los rosarios de las viejas, el «fru-frú» de las faldas de las mozueltas..., se mezcla con el dulce lloro de un niño que quiere ser otra estrofa de esta oración común que como el mismo incienso se alza al cielo.

Luego... es blanca la mano del Prelado que nos bendice, y morena la piel de los labrantines, y rojo el manto de Nuestra Señora de los Angeles, y arrugada y sequiza la piel de la tierra, y fresca y jugosa la mejilla de una rapazuela, y, por sobre todo, recortada en el intenso azul del cielo se alza la imagen de nuestro Rey de Reyes.

LA BEBIDA DE LA CORDIALIDAD

Y ahora viene la historia de «la bebida de la cordialidad» en el encuentro entre el combinado Madrid-Atlético y una selección de los equipos de Getafe y Leganés, partido con el cual se inauguraban las reformas del nuevo campo de deportes de Getafe.

Entre tiempo y tiempo del encuentro, los Coros y Danzas del partido judicial hicieron una magnífica exhibición, dando al aire de la tarde la alegría de sus faldas y colorines, las gracias del punteado de sus pies, el donaire de unas manos pícaras que riñan el viento; y siempre, la fiesta grande que es para los ojos ese programa saltarán que



La Sección Femenina, a través de sus conjuntos de Coros y Danzas dió, en el «Día de la Provincia», la nota de colorido y alegría que siempre pone en sus actuaciones.



Festival benéfico en Pinto, y en el ruedo, con la rejoneadora Beatriz Cuchet, los diestros Domingo Ortega, Juan Posada, Chicuelo II y Alfonso Merino.

va de los boleros a las jotas; de las rapazas de Carabaña, a las de Aranjuez, de las guitarras de Belmonte, a las de Perales de Tajuña.

EN ESTE DIA DE OTOÑO MADRILEÑO

Exactamente con esta frase: «En este día de otoño madrileño» dió comienzo el Marqués de la Valdavia al certamen literario que tuvo lugar en el Salón de Actos de las Escuelas Pías. En su discurso hizo un elocuente resumen de la jornada, con una brillantísima explicación del significado del «Día de la Provincia». Fué muy aplaudido, tanto como don Juan Vergara Butragueño, Alcalde de Getafe, que en breves palabras resumió con inteligente agudeza a las gentes de su tierra, a la par que hacía un emocionado canto al Alcalde de Móstoles. A continuación se repartieron los diplomas del certamen literario, que correspondieron a los señores Florentino Castañeda, Indalecio del Corrad, Adolfo Parra, Timoteo Alonso Novo, Ramón Nolas y Cano Paranda.

EL SALON DE ACTOS DEL COLEGIO

Celebrar un certamen literario en el salón de actos de un colegio es hacer saltar los corazones de las gentes y enviarlos rodando hasta su adolescencia. Manuel Pombo Angulo, mantenedor del certamen, tiene una sensibilidad demasiado fina para que escapase a su percepción este matiz; por eso comenzó cantándonos aquella poética peregrinación suya al Cerro de los Angeles, apenas cumplidos los dieciséis años, junto a los hermanos Miralles y Matías Montero, que hoy son ya nombres disparados hacia las estrofas de los romances heroicos. Ganado ya así su auditorio, el resto fué jugar a los juegos malabares con él; de las historias de Aníbal por estos andurriales de Castilla, a las de Hércules mitológico; de las palomas del castillo de Torrejón de Velasco, a las viejas camorras de los vecinos de Getafe; de Nuestra Señora de los Angeles, al arco dedicado a la Virgen en una pequeña aldea de Baviera a orillas del Danubio Azul..., siempre entre el Pinto y el Valdemoro de la sonrisa y la emoción del público, ganadas en limpia y brillante lid.

—Si llega a venir en campaña electoral, se lleva los votos sin necesidad de hablar de política —dijo a mi lado un Alcalde viejo.

EL ALCALDE DE ZALAMEA

Siendo España tierra de Alcaldes, parece natural que el remate del día fuese la interpretación del de Zalamea, llevada a cabo con el indiscutible acierto de la compañía del T. P. E., que dirige Gustavo Pérez Puig. Como siempre que esta obra se presenta ante un público popular, fué admirable enseñanza comprobar la vigencia de Pedro Crespo y lo llanamente que entran sus razones por los oídos de hoy.

En resumen, una jornada de éxitos para la Diputación Provincial que, como las novelas por entregas, «continuará mañana».

PILAR NARVION

“LA VOZ DE GALICIA”

VIAJES DE ESTUDIOS, MEJOR QUE PREMIOS LITERARIOS

A propósito del «Día de la Provincia», hay que reconocer el estímulo y ayuda que la Diputación presta, con sus numerosos e importantes premios, a escritores, historiadores, técnicos, redactores de Prensa y Radio, fotógrafos, médicos, maestros y otros profesionales del arte y de la cultura, sumando su esfuerzo al cada día más elevado número de mecenas que instituyen premios literarios.

Y a propósito también de estos galardones, Luis Antonio de Vega sugiere a estos benefactores de las Letras la conveniencia de que dediquen su ayuda económica para viajes de estudios a favor de alumnos de la Escuela de Periodismo, que mediante una prolongada estancia en cualquier país, podrían acrecentar su acervo cultural. Con la misma cantidad que se invierte en un premio corriente, podrían estar, por ejemplo, dos años en Tetuán, donde aprenderían el árabe y encontrarían la ayuda de los periódicos de la Zona de nuestro Protectorado. La sugerencia, provechosa y simpática, no debiera echarse en olvido.



LA ESTACION de BARAJAS

NI la del Norte, ni la de las Delicias, ni la de las Pulgas, ni la del Mediodía, tienen hoy en día la mitad de trenes y la mitad de alegría que de aviones y de alegría tiene la de Barajas. No tiene, eso sí, y a lo mejor tampoco vendría mal, aquel viejo letrero de «Cuidado con los rateros», pero tiene, eso sí, unas señoritas que con voz de soprano, sin parar ni un momento, «cantan» en inglés o en alemán, en francés o italiano que se preparen los que se van a Roma, que estén dispuestos los que se van a ir a El Cairo. Total, y resumiendo, que aquello de «Señores viajeros, al tren», con toque apresurado de campanilla, se ha complicado una enormidad.

Por otra parte, a las estaciones de Madrid iban tan sólo los que se marchaban y algunas esposas y novias desconsoladas para despedir a sus «corazones» que partían. A Barajas, como a la estación de Cercedilla o a la de Reinoso en las tardes de los veranos, van no digo yo que multitudes a pasear, pero sí muchas gentes a pasar la tarde, a ver la animación, a tomar un café y los hay que van hasta en plan de donjuanes.

Los hay que van a la terraza con niños y todo a ver cómo entra el avión del Brasil, y los hay que van, como digo, al bar, en donde lo que ya va

faltando es una orquesta para pasar mejor el rato y para que pasajeros en espera, azafatas y pilotos, aduaneros y señoritas de las oficinas de aviación se entreguen un poco a las delicias del mambo y el tango argentino, máxime que, en aquella Babel que es Barajas, siempre se encuentra un nativo o una nativa como profesor titulado.

Los maleteros de Barajas, en opinión de las mujeres, tienen mejor tipo, mejores hechuras que los mozos talludos con galaico o astur acento que trabajan en el Mediodía o en el Norte. Sobre todo, y sin que aquéllos se me enfaden, tienen mejor conformar; claro que también la generosidad viniendo de Londres o de Filipinas, suele ser mayor que llegando en el correo de Yecla o Mondoñedo.

Una cosa que todavía no se ha inventado en Barajas es el billete de andén, como tampoco



se ha inventado, y esto en verdad es triste, es la pizarra eléctrica. Una pizarra eléctrica que sustituya a un pizarrín demasiado elemental en que hoy se anuncian los retrasos de los aviones.

La estación de Barajas da, como ninguna otra estación de Madrid, el cura y la monja viajeros; da, entre otros tipos que no se ven en las otras, el valijero. Antaño al valijero se le llamaba correo de gabinete. Era un caballero que, con maletas, sacos y valijas, recorría el mundo; un caballero que llevaba a Viena o traía de París pliegos diplomáticos y, naturalmente, medias, libros, chocolates, porcelanas y ropa interior. Un caballero que recorría el mundo llevando secretos cifrados y bellas y gratas cosas. Hoy el correo de gabinete es un caballero que, en vez de ir a Viena o a Constantinopla, va a Barajas todas las tardes o todas las mañanas a esperar un avión, a esperar el pájaro que viene de Washington o de Buenos Aires, y cuyo radiotelegrafista trae los pliegos secretos que constituyen la valija diplomática de hoy día.

En el Norte y en las Delicias tan sólo cuando viajan los Reyes se ven periodistas por los andenes. En Barajas el periodista y el fotógrafo, los del cine y los del magnetofón son personajes de todos los días, de cualquier hora. En cualquier momento hay por sus salones muchachos con magnetofones, con maquinitas, con lápices y plumas en ristre esperando descienda de un cuatrimotor un Premio Nóbel, una estrella o un par de caballos de carreras o un buey semental. En Barajas, dentro de muy poco, habrá que instalar redacciones políglotas para que en cuanto llegue un famoso, nos enteremos de su vida y milagros y, sobre todo, qué es lo que opina del cocido madrileño y de los toros de lidia.

La última moda y las modas en desuso se dan mucho en esta estación, en que el personaje que menos se ve, aunque él está en todo y todo lo inspecciona, es el jefe, y el cual, como es natu-

ral, no lleva gorra colorada como el Jefe del Norte o el Jefe de la estación de Tolosa. Se ven modas de sombreros y de trajes de verano cuando aquí está nevando, ya que ellas van a llegar a las tierras calientes en unas horas tan sólo; se ven también las modas contrarias. Los contrastes de las estaciones es lo más característico de la moda en Barajas, cuyo café —el de su bar, se entiende— tiene fama de ser el mejor que se sirve en Madrid.

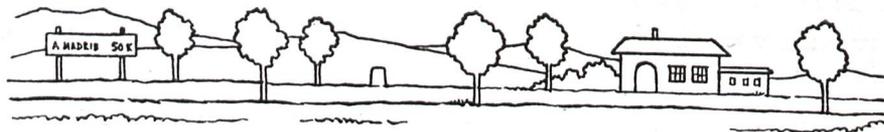
Bar con buen café y con unas chicas estupendas, a las que igual da sea de noche o de día para quererse comprar un torero de trapo, una gitana con falda de volantes, un botijo o unas castañuelas. Y entrando un poco en las estadísticas diremos que son éstas y las postales de la Cibeles lo que con el café —las tazas de café— más se vende en la estación del aire. Lo de las postales es un horror, ya que todo caballero o dama que tiene que pasar allí unas horas, manda un recuerdo a casa por medio de la chulapona diosa.

Todavía no hay en Barajas, como en la explanada de la estación del Norte o del Mediodía, voceadores de hoteles. Aquí todos ellos se resumen en un empleado de Agencia, que grita con un acento un tanto chamberilero nombres de «mosiús» y de «ladies».

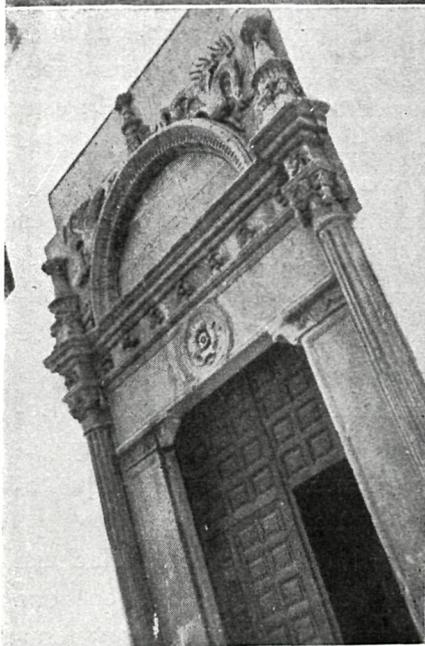
Abundan, claro está, las viajeras misteriosas que los donjuanes de la «cá» Alcalá van a ver si conquistan; abundan los caballeros de grandes carteras, abundan los niños que viajan solos con un letrero al cuello, las parejas que llegan directamente de la iglesia con las bendiciones recién echadas.

Estación de Barajas, alegre y movida, con tipos y escenas en donde el costumbrismo moderno descubre cada día nuevos perfiles. Nuevos perfiles que dan gracia y alegría a esta estación, que es, hoy por hoy, la primera de España.

LUIS DE FONTEFRIAS



LA ANTIGUA VILLA DE LOZOYA



LA Historia nos dice que el pueblo de Lozoya debe su nombre al río que así se llama en la provincia de Madrid, corriendo desde su origen en el Puerto de Peñalara por todo el partido judicial de Torrelaguna, hasta juntarse con el Jarama más allá de Buitrago y no lejos de Uceda, en los límites de la provincia de Guadalajara. Como es sabido, el río Lozoya atraviesa los términos de Rascafría, Oteruelo, Alameda del Valle, Pinilla del Valle, Lozoya, Pinilla de Buitrago, Sieteiglesias, Buitrago y Navas de Buitrago.

Pero volvamos al pueblo, situado en el valle también llamado de Lozoya, entre las Sierras de Morcuera, Reventón y Navafría, que dividen las dos Castillas. A la entrada del valle se alza el caserío, con sus edificaciones escasas y de construcción serrana, todas acogidas al amparo de la iglesia parroquial del Salvador. Vive de los productos cereales y hoy se beneficia de su proximidad a Madrid, pues en estío acuden al valle del Lozoya numerosos veraneantes de la capital.

Debe ser pueblo muy antiguo, a juzgar por algunos vestigios romanos que se descubrieron antaño en los robledales, y por el viejo puente sobre el Lozoya. ; pero aparte de esto, no quedan huellas documentales. La villa serrana debió seguir los avatares de la conquista nacional por los árabes, puesto que de los visigodos no queda ni rastro. El nombre de Lozoya parece ser moro, y las construcciones cristianas no debieron alzarse hasta después de la Reconquista. Con Lozoya mismo forman el valle Garganta, Canencia, Gargantilla, Cuadrón, Pinilla del Valle, Navarredonda, La Alameda, Oteruelo, Rascafría, Miraflores, Bustarviejo y Valdemanco, todos agrupados más o menos en las márgenes del río. Bravo y Lecea, en un libro que trata de la comunidad de villas y tierras de Segovia, se refería hacia finales de siglo al valle de Lozoya y sus pueblos en la época de la Reconquista. Entre muchas otras cosas, dice lo siguiente: «En este valle abrupto y frondoso cual ningún otro de Castilla, se encuentra el pueblo de Lozoya. Rodeado de altísimos cerros de difícil tránsito, sus nevadas cumbres le aislan casi por completo durante una buena parte del año, y si no fuese por la escasa vida que se descubre en las contadas aldeas esparcidas por los sitios más fértiles y amenos de sus vegas y poblados, o por las pastoriles majadas de las sierras, o por algunos otros indicios de aprovechamiento y cultivo, diríase a primera vista que aquella Naturaleza salvaje perteneció o formaba parte de alguna isla o país abandonado o desierto. Nada tiene de extraño, por consiguiente, que sus riscos y espesuras, sus guaridas y defensas naturales, fuesen el último refugio de los sarracenos cuando la restauración de Segovia, ni que desde allí se precipitasen de improviso, cual manada de lobos carnívoros, sobre los lugares de

- 1.º Iglesia de Lozoya.
- 2.º Portada de la Iglesia.
- 3.º Ayuntamiento.

— 47